

## EL SR. DRACY CONFIESA

Al volver el Sr. Dracy tras una ausencia de tres años, notó con dolor que su hijito se había vuelto rebelde y testarudo, y que no respetaba ya como antes la dulce autoridad de su madre. Un bello día de octubre fue a dar un paseo con el niño por las hermosas praderas que rodeaban la casa. Permaneció un rato pensativo y silencioso. Pero llegando a un lugar donde una enorme roca proyectaba sobre el suelo grandes sombras negras, se detuvo.

-¿Ves esta roca? -dijo el Sr. Dracy a su hijo-, me trae el recuerdo del acto más criminal de mi vida. Ese incidente de mi juventud es tan doloroso que nunca te hubiera hablado de él si mi conciencia no me lo impusiera ahora como un deber.

-Yo tenía varias hermanas, pero era el único varón de la familia. Mi padre murió cuando yo era muy niño. Mi madre era de carácter suave y tierno, dedicada a sus hijos, y querida por todos los que la conocían. Jamás olvidaré su hermoso y pálido rostro, su sonrisa angelical, su voz armoniosa y sonora. Durante la primera parte de mi infancia yo la amaba profundamente; no era feliz sino cerca de ella, pero cuando llegué a los once años de edad, mi madre, temiendo que yo adoptase costumbres y modales más bien femeninos, me envió a la escuela superior del pueblo. No sabría decir por qué, pero ese cambio me hizo mucho mal. Me volví bullicioso, brusco e indisciplinado. El respeto y el amor que tenía por mi madre se fueron debilitando poco a poco en mí, y pronto le resultó muy difícil hacerme frente. Yo creía que si me sometía a su autoridad o manifestaba arrepentimiento cuando había cometido una falta, sería dar pruebas de cobardía. El mote que más temía era el de 'mariquita', y nada me enfurecía tanto como el oír a mis camaradas decir entre risotadas que yo me dejaba gobernar por faldas.

"Mi buena madre no escatimó esfuerzos para hacerme cambiar de sentimientos. Yo comprendía eso, pero mi corazón estaba helado. Un día, después del almuerzo, iba a abandonar la mesa para ir, como de costumbre, a vagabundear por las calles con mis amigos, en espera de que comenzaran las clases, cuando sentí la mano de mi madre posarse sobre mi hombro.

"-Hijo mío -me dijo con dulzura y firmeza-, deseo hablarte. "Tuve ganas de rebelarme, pero había algo en su tono y sus modales que me impuso respeto, y la seguí en silencio.

"Ella salió de la casa, y al pasar vi a uno de los peores sujetos de la escuela que me esperaba. Me miró sonriendo con aire burlón. Eso hirió mi amor propio. Yo sabía que él era un sinvergüenza, pero era mayor que yo, y ejercía una influencia irresistible sobre mí. Seguí a mi madre de mala gana hasta el lugar donde estamos ahora, a la sombra de esta gran roca.

"¡Oh, hijo mío! ¡Cuánto daría por borrar de mi vida la página vergonzosa que voy a contarte! ¡Qué no daría para poder descargar mi conciencia del remordimiento que la obsesiona! Pero no, esta fatal roca estará aquí siempre como un testimonio contra mí.

"Mi madre, que era muy débil de salud, se sentó y me indicó que me sentara a su lado. En vez de obedecerle, me mantuve de pie con aire desafiante. Me parece que veo aún la tristísima mirada que fijó en mí.

"-Alfredo, mi querido hijo -comenzó-, ¿no tienes ya ningún cariño por tu madre?

No contesté nada.

"-Me temo que no -continuó ella suspirando-. Dios nos enseñe, a ti a conocer tu corazón, Y a mi a cumplir con mi deber.

"Me habló luego de mis extravíos, de la violencia de mi carácter, de las funestas consecuencias de mi conducta. Lágrimas, ruegos, súplicas, no escatimó nada para entermecerme. Buscó también de estimular mi ambición, dándome el ejemplo de hombres de bien, de cristianos eminentes. Yo estaba casi conmovido; pero demasiado orgulloso para reconocerlo, me encerré en un silencio desdeñoso. "¡Qué dirían mis compañeros -pensaba-si al fin consentía en dejarme conducir por una mujer!

"¡Qué angustia profunda se traslució en el rostro de mi madre cuando debió reconocer que todas sus palabras y lágrimas no hacían mena en mí! Se levantó para volver a casa, y al llegar a la puerta me dijo esto: "-Es tiempo de que vayas a la escuela; ve, hijo mío, y no desprecies los consejos de tu madre... "

-¡No quiero ir a la escuela hoy! -la interrumpí golpeando el suelo con el pie.

Ella me miró sorprendida de mi audacia y me respondió con firmeza:

-¡Irás ciertamente, Alfredo! ¡Te lo ordeno!

-¡No iré! -respondí con tono desafiante.

-Elige lo que prefieres -contestó conservando toda la calma-; o vas a la escuela inmediatamente o te encierro bajo llave en tu pieza, donde permanecerás hasta que me prometas ser más obediente.

-¡Te desafío a que hagas eso! -exclamé- No puedes llevarme a mi pieza.

-Alfredo, elige -dijo mi madre tomándome por el brazo. "Ella temblaba violentamente, y una palidez mortal cubría su rostro. "

-¡Cuidado con tocarme! -vociferé enloquecido por la ira.

-¿Quieres ir a clase, Alfredo?

-No -respondí con insolencia, pero evitando su mirada.

-En este caso, sígueme -dijo ella, tomándome del brazo y tratando de arrastrarme.

Entonces, ¡oh, hijo mío! ¿Cómo tendré valor para continuar?... Entonces me agité como un energúmeno y le di un puntapié a mi buena y santa madre... Al recordar esta escena me parece que mi cerebro va a estallar, que una hoja acerada me traspasa el corazón. Sí, fui bastante indigno, bastante cobarde para maltratar a mi madre, una débil mujer. Ella se tambaleó y se apoyó en la pared. Vi su corazón latir violentamente. No me dijo nada, no me miró siquiera, mas la oí murmurar:

-¡Oh, Padre celestial! Perdónalo, porque no sabe lo que ha hecho.

En ese momento pasó el jardinero; y viendo a mi madre pálida y desfalleciente, se detuvo, y ella lo llamó. - Conduzca a Alfredo, a las buenas o a las malas a su pieza, y enciérrelo -dijo ella.

Luego se dirigió a pasos lentos hacia el comedor. En el momento de entrar me dirigió una mirada. ¡Oh, esa mirada que no olvidaré jamás! Mirada de angustia inexpresable, mezclada con el amor más intenso; desgarramiento supremo de un corazón quebrantado. Unos instantes después estaba preso en mi pieza. Me vino la idea de tirarme por la ventana, de romperme el cráneo contra las losas del patio; pero la muerte me espantó. Por momentos mi corazón estaba conmovido, mas en seguida el orgullo vencía, y me fortalecía en mi endurecimiento. Llegada la noche me eché sobre la cama y no tardé en dormirme. Me desperté a media noche. Mi cuerpo estaba tieso por el aire húmedo de la noche y tenía el espíritu trastornado por pesadillas terroríficas.

Me obsesionaba el rostro desfalleciente de mi madre. Creo que si hubiese podido, hubiera ido en ese momento a pedirle perdón.

En cuanto amaneció, mi agitación se calmó. La sirvienta me trajo el desayuno, pero no lo toqué. Poco después se dejó oír un paso ligero en el corredor, y la voz de mi hermana me llamó con extraño acento.

-Alfredo, ¿no tienes nada que decirle a mamá? -preguntó sin abrir la puerta.

-Nada -contesté secamente.

-¡Oh hermanito! Te lo ruego, por mí y por ella, dile que lamentas lo que sucedió. Ella tiene deseos de perdonarte.

-No quiero ir a la escuela contra mi voluntad -contesté.

-Pero si mamá lo desea, ¿irás, no es cierto, hermano? -insistió mi hermana con voz suplicante.

-No; iré sólo cuando me plazca. Estoy bien decidido -contesté.

-Entonces matarás a nuestra madre -sollozó mi hermana- De veras que la matarás, y tu conciencia te lo reprochará toda la vida.

No le contesté; sentía una gran perturbación interior, pero resistía a mi emoción.

¡Cuán largo me pareció el día! Creí que no terminaría nunca. A la noche, me eché sobre la cama. Empezaba a adormecerme, cuando pasos más lentos y más débiles que los de mi hermana me hicieron prestar oídos. Una voz pronunció mi nombre: era la voz de mi madre.

-Alfredo, hijo mío, ¿quieres que entre? -preguntó-. ¿Te da pena lo que hiciste?

Estas dulces palabras penetraron hasta lo más profundo de mi corazón endurecido; quise ceder, pero, ¡ay!, no lo hice, y mis labios, ocultando mis sentimientos, contestaron con tono duro:

-¡No!

Oí a mi madre alejarse con un gemido. Estuve tentado a pedirle que volviera, pero otra vez me endurecí. Todo quedó en silencio y finalmente me dormí con sueño agitado.

"No sé cuánto tiempo había dormido, cuando me desperté sobresaltado por la voz de mi hermana quien, inclinada sobre mí, me gritaba:

-¡Alfredo! ¡Alfredo! ¡Levántate pronto: mamá se muere!

Me parecía soñar; pero en un abrir y cerrar de ojos estuve de pie y seguí a mi hermana. Pálida y fría como el mármol, mi madre estaba acostada, vestida sobre su cama. Había querido hablarme por segunda vez, pero al subir la escalera, un ataque cardíaco la había transportado a su pieza, y desde entonces parecía completamente inconsciente. No puedo decir lo que sucedió entonces en mí. Mis remordimientos eran diez veces más amargos al pensar que mi madre amada no los conocería nunca. Me acusaba de ser su asesino. No podía verter una lágrima. Mi corazón y mi cabeza parecían arder. Desesperado, caí sobre la cama. Mi buena hermana, rodeándome con un brazo, lloraba en silencio. "De repente, la mano de mi madre se agitó y sus ojos se abrieron. Recobraba el conocimiento, pero no podía hablar.

Su mirada se fijó en mí y sus labios se movieron, mas no pudo proferir ningún sonido.

-¡Madre! ¡Madre querida! -exclamé fuera de mí -di tan sólo que me perdonas.

No pudo articular una sola palabra, pero su mano oprimió la mía; me sonrió tiernamente y haciendo un esfuerzo supremo posó sus dos manos enflaquecidas sobre mi cabeza como para bendecirme; luego, alzando los ojos al cielo, movió por última vez los labios y exhaló el último suspiro.

Permanecí de rodillas, aplastado, aterrado, cerca de ese caro despojo hasta que se me obligó a levantarme. Mi hermana, que comprendía el peso espantoso que oprimía mi corazón, hizo todo lo que pudo para consolarme. Al dolor del hijo que llora a su madre, se añadía en mí el dolor mucho más agudo del pecador atormentado por el remordimiento.

A partir de ese día, la alegría de la juventud me abandonó para siempre. Hijo mío, los sufrimientos que esos recuerdos despiertan en mí me seguirán hasta la tumba".

El Sr. Dracy dejó de hablar y se cubrió el rostro con las manos. El relato había impresionado vivamente a su hijito. Hijos, ustedes se rebelan contra la autoridad de sus padres, y en particular contra la de su madre, que no quieren reconocer sus faltas y creen dar pruebas de fortaleza de carácter al resistir hasta lo sumo, tengan cuidado. No acumulen para el futuro una carga de remordimientos y estériles pesares. Sé que la insubordinación de un hijo no trae siempre una catástrofe como ésta cuyo relato doloroso acaban de leer; no hay duda, sin embargo, de que millares de padres mueren cada año con el corazón quebrantado a causa de la mala conducta de sus hijos o hijas. ¡Cuántas lágrimas amargas hacen verter en secreto a sus padres la desobediencia de los hijos! Recuerden, mis queridos jóvenes, que vendrá el día cuando tendrán que dar cuenta de cada una de sus infracciones contra el quinto mandamiento. Siempre que sientan impulsos de rebelión e indisciplina, lean de nuevo la triste historia del Sr. Dracy y mediten en ella hasta que tengan mejores sentimientos. Hay un solo caso -uno solo- en el cual un hijo puede rehusar obedecer a sus padres: es cuando éstos le ordenen cometer un acto contrario a la voluntad de Dios. Entonces el niño debe recordar estas palabras del apóstol: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres".